

Dr. J. M. NUÑEZ PONTE

Director de la Academia Venezolana de la Lengua. Correspondiente de la Real Española. Comendador de las Ordenes de San Gregorio Magno, del Libertador y de Isabel la Católica. Gran Oficial de la del Mérito del Ecuador. Caballero de la "Francisco de Miranda". Condecorado con la Medalla de Honor de la Instrucción Pública. Con la Cruz Pro Ecclesia et Pontifice. Con la del Mérito de 1ª clase de la República de Chile. Individuo correspondiente de la Academia Mexicana, etc., etc.

Rafael María Baralt

Celador Diligente de los Tesoros

Y

Ritualidad de la Lengua

Dr. J. M. NUNEZ PONTE

Director de la Academia Venezolana de la Lengua. Correspondiente de la Real Española. Comendador de las Ordenes de San Gregorio Magno, del Libertador y de Isabel la Católica. Gran Oficial de la del Mérito del Ecuador. Caballero de la "Francisco de Miranda". Condecorado con la Medalla de Honor de la Instrucción Pública. Con la Cruz Pro Ecclesia et Pontifice. Con la del Mérito de 1ª clase de la República de Chile. Individuo correspondiente de la Academia Mexicana, etc., etc.

Rafael María Baralt

Celador Diligente de los Tesoros

y

Ritualidad de la Lengua



DEDICATORIA

A los muy distinguidos esposos doctor Héctor Cuenca y doña Rufina Parra de Cuenca, me honra dedicarles este humilde trabajo, como homenaje de respetuoso afecto.

El Autor.

¿ME ARRIESGO?... ¡CUANTO TEMOR!

A pesar de haber sobrevenido como sorpresa inquietante a estos mis fatigados cuanto viejos años, luego a luego juzgué privilegio harto señalado y decoroso la encomienda de aparejar este PROLOGO, confiádame por el distinguido Comité que aquí asesora la edición de las obras de DON RAFAEL MARIA BARALT, añorada catorce lustros ha por aquel ejemplar integérrimo de ciudadano, que fue el Doctor Victor Antonio Zerpa (1): empresa dormida, muerta hasta ahora, cuando, por cierto como milagro de resurrección para restablecer en su pristina valía la mente, letra y espíritu del autor, la inicia y acomete ya nobilísimamente a cargo suyo la ilustre Universidad Nacional del Zulia, tras la búsqueda y afortunado hallazgo de trabajos inéditos en archivos de España por el erudito académico, notable ensayista, investigador acucioso, Don Guillermo Díaz Plaja; empresa de doble alta, justiciera y sólida finalidad: reparadora hacia una memoria insigne, educativa a pro de la actual y venideras generaciones; empresa así magnífica, trascendental, aun diría titánica de amor y patriotismo, como quiera que retroceder a tan lejos en el orden espiritual, pugna con el sentir ordinario en esta hora de recio avance, de absorbente flujo capitalista especulador y auge de mezquinos materiales intereses, a que se añade la inminente penuria y ahogo de los valores

(1) "...si no estuviera lejano el día en que hubiésemos de contemplar reunidas en una serie de hermosos volúmenes las obras completas de este ilustre hijo de Venezuela".—FARNASO VENEZOLANO.—Serie I, tomo II.—Introducción: A. Bethencourt e hijos, Curacao-1888.

mentales y morales, máxime si el tiempo inseguro e ingrato y el avieso olvido de los pósteros han hecho vacío a su memoria y a sus obras.

Yo no sé cómo valorear y sobre todo cuánto agradecer tamaña honra de hacerme en ello partícipe. Quisiera moderar o encubrir el temor de no salir avante, mas —*scientia mea pene nulla est*;— pues, apenas simple escribidor de cuartillas que soy y ende cobardeado ante mis escasos recursos, desasosíégame no poseer el caudal de saber, las fuerzas y alcance de intelecto, el tino crítico, suficientes y precisos a meritar con justicia las relevantes prendas de tan ínclito varón, las excelencias de ingenio y pluma de tan egregio letrado, gallarda ufanía de su país natal, prez inextinguible de la cultura hispano americana.

Con todo, he de sobreponerme a esos explicables celos, dejando a un lado cualesquier inquietudes o languor, alzar el ánimo en solitud de la energía y del entusiasmo de otro tiempo acaso, que con el buen deseo de siempre, neutralicen o aminoren mi confesada desprevencción; a fin de que para llevar a cima el gentil encargo del honorable e ilustrado Comité, pueda yo por este modo aventurarme ahora a trazar algunos rasgos, siquiera en tributo ínfimo al caudal debido a la fisonomía literaria y temple moral de quien aquí y fuera, conquistó título de primer lustre ante el austero tribunal de la Historia y de la Crítica.

PATRIOTA INTEGRO.

No han faltado quienes inculpasen de antipatriota a Baralt por haberse domiciliado definitivamente en España.

Acusaciones iguales descargáronse sin respeto, desvergonzadamente, contra Don Andrés Bello, años largos morador en Londres, mientras allí se abastecía de saberes mayores; y al desear y proponer el regreso a la Patria en vista de brindarle, de rendirle sus copiosas ganancias intelectuales, de ofrecer altos ejemplos a sus compatriotas y señalar orientaciones nuevas a la juventud imbele, hubo más bien de marcharse a Chile, a ello obligado por la inercia de Santander, —sin que peque la expresión de desacato a su memoria— para atemperarse en el caso a la voluntad e insinuación de Bolívar, y quizás por la propia malquerencia de él y de sus áulicos hacia nuestro sumo patriarca de las Ciencias y las Letras.

Las mismas denuncias recayeron, entre otros, sobre los médicos doctores Ricardo Espinal, quien fue figura de pro en El Perú; Manuel

Isidro Osío, oculista penetrador, autoridad entre sus colegas de París y más tarde en los consultorios de Madrid; Eliseo Acosta, el agudo y tan solicitado clínico, que logró numerosísima escogida clientela en la capital francesa y los contornos, y solía lamentarse de no tener por allá un ameno rinconcito de aires tan apacibles y aguas puras como nuestro agro salutífero de Tócome, adonde fuese posible la pronta y feliz recuperación de sus enfermos.

Víctimas de la incultura reinante, de los desórdenes y desastres internos de la República, aun de la negra envidia e intrigas ruines de los muñidores políticos, de esos "hombres de espada y lanza", que apenas si habían deletreado en la cartilla de la vida, hostiles e insinceros para con los ciudadanos pacíficos verdaderamente honrados y patriotas, ensayaron aquellos viejos científicos laborar con tranquilidad y asentados en lejas tierras ajenas, al través del continuo recuerdo miraban a la propia, por cuya paz y medra no transcurrían las horas sin que alzasen cordiales votos al cielo y esforzasen su amor, su ciencia, sus nobles acciones, a procurarla el más prestigioso y notorio renombre.

Con especial relación a Baralt, es bien sabido que desde su adolescencia, estudiante en Bogotá, aunque tan comprehensivo como inteligente, ni era muy encariñado con los textos ni muy asiduo a las clases, sino entreteníase a menudo en los bulliciosos mercados y escenas callejeras; pero eso sí, vivía suspirando por el día de volver a su patria chica, a terciar con los gandules y guarichas indígenas, a estarse luengos ratos contemplando en éxtasis su hermoso lago de seda, a ensanchar y embriagar los pulmones a la tibia undulación y perfumado ambiente de sus esbeltos palmares, a disfrutar los variadísimos parajes de su tierra maravillosa y fecunda, que él nombrará más tarde "tierra del sol amada".

Que si se le considera ya algo maduro, por una parte se podrá admirar esta delicada optación de su *Adiós* a la patria magna:

*"Puedas grande y dichosa
subir ¡oh Patria! del saber al templo,
y en tu marcha gloriosa
al orbe, majestosa,
dar de valor y de virtud ejemplo!*

.....
*...aun vecino a la muerte,
pediré con voz fuerte
victoria a Dios para tus justas lides."*

Y por otra, hállanse más lejos en carta a su padre, estos sensibles anhelos nostálgicos, purísimas expansiones abundadas de ternura: "Todo se ama en la patria cuando uno está distante de ella: los hombres y las cosas, los amigos y los enemigos, y el aire, y la tierra, y las piedras. Quién me diera ver, aunque fuera un instante, esa playa querida!... Salude usted en mi nombre todo lo que contienen esos sitios santos para mi corazón..."

Y todavía, de su lindo poemita en prosa "La Patria", brotan por igual espontáneos, frescos, expresivos, los blandos sentimientos y ansias que desde el albor de la niñez trae sembrados en el alma: "¿Por qué cuando tu dulce imagen se pinta con colores de rosa en mi memoria, el pecho se me oprime ¡oh Patria! y se arrasan en tiernas lágrimas mis ojos?... mi amor hacia ti se compone de todos mis amores, y es a un tiempo recuerdo, gratitud, deber y esperanza. Salve, ¡oh Patria! Si más pobre fueras, lo mismo te amaría. Si no tuvieras glorias, con orgullo me llamaría hijo tuyo... Pueda yo volver a verte... embriégume una vez todavía la atmósfera embalsamada de tus campos;... véate feliz, y si necesario fuere para tu bien y el mío, luego muera..."

En etapa alguna de su variado derrotero, ni el más leve momento fue infiel Baralt a la Patria; no cerró para ella un instante el ojo escrutador e inquieto de su espíritu, ni muy menos apagó los fervores de su celoso e inflamado corazón.

EL BACHILLER — SU PROBIDAD — PRIMEROS PASOS EN LA SENDA DE LAS LETRAS.

No son, empero, áridos ni baldíos los pocos años de estudio en el colegio universitario de Bogotá: durante ese intervalo, corona Baralt la Secundaria, obtiene con cierto brillo el grado de Bachiller, hasta matricúlase en el curso de Derecho, mas no pasa esto de mera inscripción; tal vez pareciérale demasiado distante y arduo el acto, grave la ceremonia, de investirse la dignidad e ínfulas de *Señor de las Leyes*, como titulaban las Partidas a los graduados jurisperitos. Por lo demás, algo menos que de súbito es devuelto a sus lares, donde incontinentemente participa ágil, donairoso, aplaudido, en manifestaciones públicas; y meses luego, acogido con singular simpatía por Cajigal, encuéntrase en Caracas alumno de la Academia de Matemáticas fundada y regida por este insigne ingeniero, y a par allí adelantado catedrático de Latinidad y de Filosofía, con que acredita el mérito fruc-

tuoso de las austeras lecciones humanísticas recibidas en las aulas neogranadinas.

Citemos de él (Cap. XXI de la Historia Antigua de Venezuela) las siguientes ideas: "Formaba el latín la base de los estudios y en él se leía... todo lo que se enseñaba entonces. Aquella hermosa lengua fue en la época de la restauración de las letras la que cultivaban los sabios, y se aplicó también a las negociaciones diplomáticas, contándose entre las cualidades del príncipe la de hablarla con facilidad, gracia y corrección... Los monumentos literarios que dejó la antigüedad fueron la fuente y el origen del saber moderno, y serán siempre la admiración y la delicia del género humano... Los pueblos actuales tuvieron que enterarse y ponerse al nivel de los conocimientos de griegos y romanos, estudiar sus sistemas y sus lenguas, su literatura y sus artes... empaparse de aquel espíritu elevado y grandioso que anima cuanto hicieron y pensaron... En Plinio fueron a buscarse los secretos de la naturaleza; en Hipócrates, los aforismos de la medicina; en Aristóteles, el genio más vasto y profundo de los griegos y acaso de la antigüedad, los principios de la dialéctica, de la metafísica y de las otras ciencias, cobrando tal influencia su nombre y sus sistemas, que se veneraban cual si fueran divinos... Los autores romanos y los griegos vestidos a la latina para la enseñanza general, reinaron sin rivales en las escuelas, dictando leyes al gusto y al entendimiento en las artes de imaginación y en las ciencias".

El ya avisado y sensato mozo sigue veloz en diversos ascensos así honoríficos cuanto de responsabilidad y, cual asistido de un numen genial, no tarda en iniciarse triunfalmente actor juicioso, concienzudo y prometedor en el escenario de las Letras. Ora vésele atareado por el desempeño de un cargo en el Ministerio de Guerra y Marina; ora al servicio de la Secretaría del General Mariño y oficial del Estado Mayor del Ejército, ganancioso de fama, ostentando sin jactancia las presillas de Capitán de artillería; ora defensor acérrimo, tenaz, del derecho, del orden legal y de la paz en la procera y nunca manchada personalidad del presidente Doctor Vargas, mientras desarrollábase aquella tan fea, execrable y malhadada coyuntura revolucionaria tildada *La Reforma*.

Aderézase desde ahí sin lugar a dudas la actividad pundonorosa del varón recto, sincero y valiente, de pensar autónomo, decidido y sin miedo, condenador de cualesquiera rebeldías y violencias, incapaz de mentir o envilecerse, personaje aunque tan joven de gran viso, subido desde luego a la cumbre del deber, adicto al servicio de las

buenas causas, vigilante por sobre todo del bien e intereses generales, cultor fiel en alto grado de la verdad, a la que vincula el ideal de justicia, de fortaleza, de toda virtud, ritmo para su vida entera, conforme a la pauta de los antiguos galos: *omnium fortium virorum esse*, y como algún día, irrecusable testigo propio, al modo del apóstol predilecto de Cristo: *scimus quia verum est testimonium eius*, se retratará él mismo así:

*“Adoro la verdad, que el bien inspira,
y contra el vicio de falaz mentira,
hay en mi corazón firme baluarte!”*

Dijérasele obediente seguidor, en su definida conducta, de los serios avisos dictados por el Corregidor Gómez Manrique a los nobles de Toledo:

*“Por los comunes provechos,
desechad particulares.
Pues vos hizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos.”*

Datan de esos años jóvenes, por un lado, el opúsculo contentivo de los Documentos militares y políticos de la patriótica campaña separatista, dirigida por el expresado jefe Mariño, la que puso fin al menoscabo de la Patria, logrando la categoría de República a Venezuela y su real y positiva autonomía, opúsculo cuyo autor dijose de un principio era Baralt y que prologó admirablemente; y por otro, el tierno e impresionante idilio “El Arbol del Buen Pastor”, “prosa musical y poética”, según dictamen de Don Juan Vicente González, tributo reverente a la pia memoria del inclito sacerdote, orador y conspicuo pedagogo, ilustre bolivariano, Dr. José Cecilio Avila. Bien acertadamente calificólo tiempo adelante Don Marcelino Menéndez Pelayo: “prosa tan limpia, tan desembarazada, tan sabrosa”.

APOLOGIA DEL SAMAN.

Innumerables personas ignoran el origen, la historia y aun la actual existencia del *Arbol del Buen Pastor*.

Si pudiera hablar este hechicero monumento rústico tan digno de atención y alabanza, este característico árbol, este umbroso Samán

de Catuche, hoy dicho de la Trinidad, con algo más de la sesquicentena de años auestas, lejos de ufano y sonriente, clamaría lastimero, lanzara saludos, bendiciones y ayes hacia su ancianísimo y venerable progenitor, el titánico encino patriarcal de Güere, que, si musgoso y enfermo, ostenta aún salud para prolijos tiempos, rodeado de hijos menores, y entusiasta recuerda que gloriosa

....."su copa
velaba el sueño heroico de los libertadores,"

como lo estampó el serenísimo aedo aragüeño Sergio Medina.

Consolando al prócer vetusto de Maracay, diríale el ya adulto, añoso, de Catuche, cómo le arrancó de su lado el santo Pastor Cecilio para encomendarlo, monje solitario, a Caracas, e instituyéndole libre y dueño en la que era agreste verdecida barranquita, a la falda de un precioso riachuelo por entonces de linfas sin mancilla. Contaríale que el Pastor lo mimaba con esmero cariñoso, que a menudo venía a sentarse a su vera pintoresca, a departir sobre religión, historia y letras en armonía con inteligentes amigos; y el concurso gozaba viéndole a él crecer, al poder de una voluntad soberana y bendita, "grande y hermoso, como los hijos de las selvas, modesto como todo lo que es hermoso y grande... fuerte, erguido, feliz, cual si le hubiera conservado una madre" (1).

—Pero ahora —agregaría quejoso y doliente— ahora nadie me asiste, nadie me aprecia, nadie me agasaja; otros hánse aprovechado de mi legítima heredad, que han convertido en basural, y pues no pueden desalojarme, sacrílegos, tiénneme preso, aherrojado, casi ahogado; el desamor llega a no procurarme abono alguno o riego en alimento, antes quieren verme pronto menoscabado y sequizo, mediante cálidos humos y emanaciones nocivas procedentes de máquinas pue-

(1) Tal cual lo relato, así aprendílo en mi colegio: el joven seminarista, al regreso de uno de sus viajes a Gülgüe, lugar de su nacimiento, hizo sacar en vilo el ya crecido, gracioso y bien proporcionado retoño del Viejo Güere; y en llegando a Caracas, aprestóse a plantarlo en el mencionado sitio.—Sin embargo, otra versión recogida por José Eustaquio Machado en su erudito y bien nutrido libro "El Día Histórico", (pág. 94), atribuye al descollado árbol una antigüedad ahora excedente a los dos siglos, pues asienta con visos de seriedad ser de tradición que en 1753 lo sembró Juan Domingo Infante, aquel piadoso libertero que empleó gran porción de su pecullo en construir la primer Capilla de la Trinidad (hoy Panteón) y el primer puente cercano sobre el Catuche.—Si ello fuere lo cierto, con todo quedaríale al Padre Avila primero, la gloria de haber comprado el terreno y dedicólo al Samán, cuyo fue siempre custodio y protector contra los torpes intentos de los leñadores; y luego, la muy más preciada de mantener allí un como Jardín de Academo de gratísima celebridad en el recinto de nuestras Letras, y a las sesiones del cual acudían diligentes figuras enaltecedoras, como Bolívar, Bello, los Ustáriz, los hijos del Marqués del Toro, algunos otros civiles, profesores, sacerdotes y aun aventajados estudiantes.

tas dentro de mi dominio. Hasta han logrado alejar de mis raíces el caudal del claro y pródigo arroyo de otros días, aquel cristalino surtidor de Caracas en el acueducto, obra del progresista obispo González de Acuña, y de cuyo depósito consérvase aún el recuerdo en la esquina nombrada Caja de Agua. Y no sé por qué, sin sospechar siquiera algún futuro trágico, construyen ambiciosa y locamente suntuosos edificios en las inmediaciones de su trayecto y aun se me informa que sobre su cauce mismo, hoy inmundo y putrefacto, por donde arrastra las horrruras de gran parte de la población norteña de la urbe.

—En cambio, siempre generoso, yo a ninguno le niego cuanto me otorga la munífica madre Naturaleza; correspondo al mal con el bien que me es posible; a todos prodigales mi benéfica sombra; en mis ramas alójanse pajarillos canoros que celebran con sus gorjeos divertidas serenatas, plácidas a las multitudes; las cocas con sus sonos melancólicos y las comunes chicharras, mientras arrecia el verano, aguda y ruidosamente chillan anunciando la proximidad de las lluvias; finalmente, en cada primavera deléitanse las miradas de los moradores vecinos y de los transeúntes al sorprender mi copa, semejante a un inmenso desplegado parasol, a una amplia cúpula artísticamente adornada con la magnética atracción de mis infinitas umbelas rosáceas, cuán fragantes y miríficas.

Tal el árbol, no obstante la adversa suerte y la enemiga humana, hoy frondoso, robusto, bizarro en lo posible, consagrado en el amor conjunto de la sociedad y del pueblo, por cuya causa libre y vida esbelta debemos abogar sin tregua los caraqueños, y que Baralt quisiera eternizar en estas sentidas afectuosísimas apóstrofes: “¡Vivas mil años y otros mil, encina bella, y conceda el cielo verdor eterno a tus hojas, dichosa libertad al pajarillo que forme su nido en tu ramaje, céfiros blandos a tu copa hermosa, fresca lluvia y tierra amiga a tus raíces! ¡Jamás el cierzo y el ábrego sañudos te marchiten, ni traidor gusano te deseque royéndote el corazón!”

LABOR HISTORICA Y GEOGRAFICA.

Los años subsiguientes rodarian algo callados por cuanto al ruido público atañe, mas crecidamente fructíferos, primero en la meditada preparación y arreglo de la célebre y celebrada Historia antigua y moderna de Venezuela, y luego en la revisión, quizá fuera mejor decir: en la versión o aun redacción, de la notable Geografía del ingeniero

italiano D. Agustín Codazzi, no expedito aún en el manejo de nuestra habla.

La Historia de Venezuela, tan sugerente para el amor, el conocimiento y la cultura de los buenos hijos del País, ha sido justamente encomiada por propios y extraños, merced a su macizo contenido, su estilo suelto, impecable, por lo sabio de los conceptos, en lo castizo y elegante de la expresión, como por el criterio filosófico y moral desplegado en la apreciación de los sucesos y en el juicio acerca de las arduas empresas de los hombres que en ellos intervinieron. Tiene un gran mérito literario, recordamos haber leído en el acertado comentario del biógrafo colombiano Torres Caicedo; luce por su dicción fácil, neta y precisa, y expone con fluidez pasajes característicos que traen a la memoria a Tácito. Ni Cervantes, ni Mariana, ni Jovellanos —asienta el escritor— habríanse desdeñado de prohijar muchas páginas de tan bello libro.

Con extrema complacencia entresacamos y transcribimos, en muestra de tan valioso lenguaje y lección ejemplar para la juventud, que debe retenerlas con interés y gusto, apenas algunas de las líneas laudatorias del perinclito abogado y profesor valenciano, Licenciado Don Miguel José Sanz, patriarca de nuestro foro, con el resplandiente sobrenombre de *Licurgo de Venezuela*, quien consagró sin reservas su vida, su talento, su energía, su saber y su fortuna a la instrucción, salud y progreso espiritual del pueblo y de la juventud, al adelantamiento, la libertad y la gloria de la Patria, hasta su muerte acaecida en la batalla de Urica:

“...por su elevada capacidad tanto como por los servicios que hizo a su patria, descollaba el Licenciado Sanz, honor del foro venezolano... aplicado desde edad temprana al estudio de la jurisprudencia, hizo en él tan notables progresos, que muy luego llamó la atención y mereció el afecto de algunos hombres ilustrados... llegó en pocos años a alcanzar un caudal de instrucción inmenso para los tiempos que corrían... no hubo para él más placer que el estudio, más anhelo que la ilustración de sus conciudadanos... y acaso se le ocurrió como en sueños la idea confusa y en aquel tiempo efímera de ver libre y dichosa a su patria...”

“...dotado de alma fuerte, claro ingenio y sólida piedad, consiguió cerrar su corazón a las erróneas doctrinas morales del siglo XVIII, al mismo tiempo que abría los senos de su vasto entendimiento a todas las verdades que sobre el gobierno y los pueblos, sobre el hombre y las sociedades, defendieron e ilustraron Beccaria, Burlama-

qui, Montesquieu, Puffendorf y otros autores. No menos aficionado a la difícil cuanto necesaria ciencia de la Economía Política, a las buenas letras y a las artes liberales, nuestro joven letrado meditaba constantemente las teorías de Smith, y en sus raros y cortos ocios, descansaba de los estudios graves en el regazo de las Musas. Era jurisconsulto, literato, filósofo, economista y poeta; tenía lo que es mejor que el saber, la honradez; y en grado superior aquel don precioso del cielo... el don de gentes.

“... Varias defensas ruidosas en que lució su habilidad como orador y como letrado, le ganaron aura popular; y su honradez, sabiduría y compostura, el afecto y confianza de las autoridades.

“No se valió de ellas para enriquecerse, no; antes rehusó constantemente grandes pensiones que como justa recompensa de sus servicios se le ofrecieron varias veces. Uso más noble hizo del favor que gozaba, obteniendo en beneficio de su país medidas de fomento para el cultivo y comercio de las ricas producciones; promoviendo la formación y organización del colegio de abogados con el fin de dar lustre a su noble profesión...; arreglando las pesas y medidas, cuya alteración era causa de muchos males públicos; redactando con general aceptación y aplauso las ordenanzas municipales de Caracas... y en fin, consagrando todos sus desvelos y trabajos, todos sus pensamientos y escritos, al fin que se había propuesto de mejorar en su patria la instrucción primaria y la académica, bases esenciales de una sólida y verdadera grandeza popular.

VIAJE A FRANCIA. AGENTE CONFIDENCIAL EN LONDRES.

Con el objeto de imprimir ese triple glorioso monumento, que son los volúmenes de la interesante Historia, en 1841 viaja Baralt a París, de donde vuelve el siguiente año, regocijado y triunfador, colmadas las alforjas con la abultadísima joyera de sus libros.

A poco, designale el Gobierno Nacional Agente Confidencial ante la Corte Británica, en ayuda y compañía al Ministro plenipotenciario doctor Alejo Fortique, para las tareas reclamatorias de regiones orinoquesas, que el insaciable leopardo quiso tragarse, burlando los precisos inequívocos deslindes determinados por los viejos misioneros españoles. Casi de seguida, dásele orden de ocurrir a Sevilla a solicitar en el Archivo de Indias los documentos fehacientes de propiedad de las tierras en litigio. Nunca perplejo o irresoluto, habituado a no

dejar en fáfara nada de cuanto es entregado a su incumbencia, atento sobre todo al concepto de la dignidad de la Patria e inspirado por su profundo amor a ella, registra diligentemente la nutrida anaquelaría, y halla las cédulas, piezas y demás instrumentos justificativos a favor de Venezuela, cuyas copias remite sin dilación a destino del respectivo Despacho.

¡Nuestro país está aguardando aún el fallo decisivo de la razón y derecho que le asiste!

Permitaseme expresar aquí el siguiente postulado y voto de lo hondo de mi pecho: que la Reina actual, Su Majestad Isabel II, la joven soberana por alguien llamada Reina de corazones y que goza de universal simpatía, tal como ha firmado y seguirá firmando la independencia de colonias africanas, como ha organizado la confederación del Caribe, también así, disponiendo la revisión consiguiente, eche abajo mentiras y argucias diplomáticas patentes de árbitros de mala fe, se haga heraldo leal, tutora comprensiva y noble de la justicia, y borrando de su Reino esa vil y empedernida ignominia, devuelva a Venezuela los territorios de Guayana que, con pérfido proceder leonino, *manu militari*, más de un siglo ha usurpáronle sus antepasados: que esa gloria le corresponda a ella para ante la historia, y no deje el problema a su futuro sucesor, el príncipe de Gales. Es éste asunto imprescriptible que reclama solución terminante, pues no deja de alterar nuestro ambiente y encender de tiempo en tiempo los ánimos patriotas, en daño de la reputación de su gobierno y del honor de su trono. Y que no haya más lugar a sostener con los agudos epigramas del chispeante bardo Potentini:

*“Los ingleses hacen mina
de este suelo hospitalario”.*

.....
*“Patria, ¿por qué la Inglaterra
se robó impune tu tierra?”*

OLE, SEVILLA!...

Cuando se esperaba su pronto regreso a la patria, cuando se le llamaba instantemente, acaso para investirle de misiones aún más duraderas y trascendentales asimismo, Baralt quiso y resolvió permanecer lejos.

La histórica y privilegiada capital andaluza, donde ya había disfrutado favorabilísima acogida y ejercía después con listeza cierto

destino oficial, ofrecióle mayormente a la plena juventud, al clarísimo ingenio, al férvido amor por las letras, hasta al primoroso y sugeridor atractivo de la devoción a las Musas, un lazo estrecho, lisonjero, en la venerable y simpática amistad, en la dicción elocuente, en el dilatado saber comunicativo del anciano y selectísimo maestro Don Alberto Lista y Aragón, quien supo medir y estimar las apreciables y gentiles dotes del airoso a la vez que discreto escritor venezolano, siempre avanzado y aspirante a más y más en el cultivo del espíritu.

No obstante tamañas comodidades y tan finos agasajos, que cordial y públicamente agradecía, Baralt consideraba entonces floja, estantía, casi inánime, la que él decía labor de simple funcionario civil e hilvanador de artículos periodísticos; por lo cual, temeroso de depender o divertir sus ahincados y orientadores esfuerzos, que le marcaban no lejos una muy otra misión y porvenir, no era extraño pretendiese un campo más amplio, más fértil, donde sus superiores facultades pudieran desplegarse en mayor y bien distinta actividad, a fin de producir más extensos, muy opimos y sazonados frutos.

Digamos, en consecuencia, que el período de su mansión en Sevilla fue relativamente breve; mas, como era natural, no poca pesadumbre llegó a suscitarse, igual entre la importante e ilustrada vecindad de la famosa Giralda que en medio de los hogares humildes de la Macarena, cual si se les apagara una voz respetable y querida, a la brusca noticia de haberse ausentado el tan conocido como laudado literato y diarista para el centro de la Monarquía, residencia movida y ostentosa del gobierno general y de las Cortes, sitio de los grandes museos de arte, patria y conjunción de memorables escritores, oradores y poetas, abierto emporio de las renombradas instituciones académicas.

FIJACION EN MADRID, PERSONAJE DE EXIMIA PRINCIPALIDAD LITERARIA.

En arribando a Madrid, el apuesto y alentoso capitán, bien provisto, armado de todas armas, asimilase aquella vida, entra en contacto con lo más pulcro del fornido ejército de las Letras, y al punto, las propias acciones y pruebas meritorias hácenle sobresalir y ser lucidamente bienquisto y acatado en la palestra del ingenio por las autoridades literarias, como animoso cruzado, paladín valiente y resistivo de tan espléndidas gestas. Y qué mucho!, si dondequiera, dentro

el holgado ámbito matritense, caballero de ascendiente honesto en toda línea y tan afable, impónese ya, ganador de simpatías y amistades solícitas, pues lejos de necia presunción y vano alarde, no hace gala de sus dotes, antes sabe adornar su sapiencia, su original y rápido pensar, su facilidad de palabra, su llana liberalidad, la distinta claridad y ejemplaridad de su vida, con el incentivo de la más ingenua y modesta cautela, de un peculiarísimo don de gentes y, lo que más vale, de consejo. Baralt, de linaje espiritual accesible y largo, a boca llena puede desde luego corresponder a aquellos testimonios y decir con la franca y concertada apostura del filósofo de Mileto al entrar en Egipto: —“Os traigo aquí cuanto poseo: *Omnia mea mecum porto*”. Harto bien sentaría allí el moral contorneo con que Hernando del Pulgar esbozaba al Marqués de Santillana: “agudo e discreto e de gran corazón; en la continencia de su persona e en el razonar de su fabla, mostraba ser generoso e magnánimo...” y en aquella posición tan relumbrosa, reuníase con “doctores e maestros con quien platicaba en las ciencias e letras...”

Dedicado con entusiasmo primeramente a la prensa, descuella por sus numerosos estudios, lecciones magistrales de filosofía política en proclamación de sanos principios directivos y vitales para la sociedad y vestidas con el ornato del más puro y hermoso lenguaje. Es un acabado publicista, merced a esos trabajos suyos de notoria y plena sustancia científica y social, que constituyen, a viva pluma, por la extrañez y hondura de las ideas como por el primor y áureas prendas de la expresión, una verdadera cátedra resplandeciente a favor de todas las clases, sin menguas ni restricciones.

“Llevaste a orgullosos y antiguos pueblos la soberanía del genio, el artificio mágico de tu estilo. El extranjero puso a tus pies coronas, y asombrado, te sentó en medio de sus maestros!”

Tal loa es del Licenciado Juan Vicente González.

En colaboración con Don Nemesio Fernández Cuesta, ofrece acto continuo a la luz pública unos cuantos volúmenes acerca de graves e interesantes asuntos, muchos editoriales de las hojas que ha sostenido, opúsculos de materias diversas y hasta una novela festiva y humorística, pero sólida de pensamiento, de intención y beneficio moral, titulada: “El Hábito hace al Monje”.

Con prolongado eco de estruendosos elogios resonó en los Gabinetes europeos y repercutía en todos los centros sociales y en los espacios de los órganos periodísticos, el sesudo y digno Manifiesto, cuán desinteresado y espontáneo, concebido y redactado por Baralt

—suave rocío en medio de una desatada tempestad— para apaciguar los ánimos luego del repentino cambio político habido el año 1854, cuando todo vacilaba turbulento, tembloroso y temedero, no sólo contra la seguridad de la comunidad, sino también en desdoro del trono mismo y de la familia reinante, “cuando precisamente hallábanse muy lejos de él y de ella los hombres que más blasonaban entonces y siguieron blasonando de ser sus valedores y sostenes”.

JUICIOS ENCOMIASTICOS AL POETA.

Producción de más sonada fama y extraordinario éxito en su adoptiva patria literaria, fué la originada del devotísimo culto rendido en temas varios a las Músas por don Rafael María Baralt; culto mediante el cual superó a muchos poetas, encumbrándose soberbiamente en la jerarquía del canto a los afectos e ideales humanos, como a los religiosos, patrióticos y de amistad.

En el “Perfil” que le consagra mi maestro Don Felipe Tejera, le juzga de este modo: “Empapado en la rica literatura española, sus odas sobretodo tienen aquel sabor deleitable de los maestros del siglo de oro, con más perfección en el plan, con formas excelentes, muy encumbrado vuelo, espléndidas imágenes y una magnificencia de epítetos y ritmo que rivaliza con los mejores del Parnaso de Castilla... Leyendo sus poesías, se experimenta doble placer, ya con las bellezas originales que contienen, como con las felices y preciosas imitaciones de la gran lírica española en que abundan... La imitación así produce en el espíritu un efecto semejante al de los olores o la música, cuando despiertan en el corazón la memoria de la felicidad pasada, los cuadros más tiernos y patéticos de la juventud o de la infancia. Son como las dulces reminiscencias de paraísos perdidos, adonde ya sólo pueden volver nuestros suspiros en las alas fugitivas del recuerdo”.

Podríanse ocupar páginas a mansalva para ensalzar los diestros tinos y faustos méritos de estas poesías, algunas de las cuales reflejan la sincera y cabal profesión de fe cristiana de que en todas circunstancias dio testimonio nuestro poeta. Declarándome encantado y satisfecho del comentario de mi inolvidable maestro, señor Tejera, concretaré mi sencillo aplauso a la sola “Oda a Colón”, ganadora del premio en un certamen del Liceo de Madrid y juzgada por el literato Don Eugenio de Ochoa, quien se anticipa a decir de Baralt: “Como publicista, filósofo y poeta... es sin duda una de las cabezas mejor organizadas, uno de los hombres más instruidos y uno de los escrito-

res más correctos con que cuenta nuestra literatura contemporánea... todos sus escritos manifiestan, a más de un talento clarísimo, mucha lectura, meditación profunda y una lucidez, una seguridad de ideas y de principios, no más común ciertamente que la elegancia y vigor con que acierta a explayar las primeras y a sostener los segundos... cualidad preciosa por lo rara, en una época como la presente, cuando es tan común escribir para no decir nada, cuando se publican tantos tomos de que no sería posible sacar ni un átomo de substancia por mucho que se exprimieran...

La excelente "Oda a Cristóbal Colón", tan rica de pensamientos nuevos o expresados con novedad... tan lozana en sus formas, tan bella en su expresión. Cada estrofa es por sí sola un cuadro; no hay en ella un verso, no hay una palabra que esté de más, que no diga algo a la razón o a la fantasía. Nada de pompa inútil ni de palabrería impertinente. Allí, el que no sabe aprende, y el que sabe recuerda con placer. Así comprendemos nosotros la verdadera poesía; queremos que enseñe y deleite al mismo tiempo; que sea pasto sustancioso para el alma, no mero recreo para el oído; que dé en qué pensar, no que adormezca la razón y la enerve en un ocioso encanto, como los monótonos ruidos del viento y de las cascadas... la Oda del señor Baralt es prueba irrecusable de que en nuestra métrica castellana caben holgada y elegantemente muchas ideas en pocas palabras... De esos cuadros, algunos son verdaderos modelos de lo que pudiéramos llamar *dificultad vencida*".

VISION PROFETICA DE NUESTRO CONTINENTE.

Poderosamente atrae la atención de quien se complace en leer esta Oda, algo como penetrante videncia hacia lo lejano por venir en el desenvolvimiento étnico del mundo colombino, cuando el iluminado vate zuliano ejerce la función de adivinador, digo mal, de profeta, para vaticinar tan vivazmente la realidad efectiva, la prodigiosa transformación de nuestro medio, como el encuentro de las crecidísimas riquezas al parecer inagotables sepultadas en las entrañas de los suelos, en el fondo de los ríos, en el seno oculto de las montañas; realidad y transformación que, al cabo de corrida una centuria, nos ha tocado a nosotros presenciar y disfrutar, después de la conflagración y sucesivos desastres europeos. Además, no sin honda emoción de nuestra parte, nos sorprende cuando divisa y señala para ahora, con perspicuidad matemática, que por millaradas desalojan sus patrias familias enteras en el viejo continente, y las cuales viénense

acá, a buscar en las praderas hospitalarias de nuestro hemisferio, en nuestras áureas arenas, nuevo destino, nueva vida productiva y holgada en el trabajo, cual si resucitara a su fantástica expectativa la fábula originaria del Dorado, o les resonase al oído y a el alma la solemne exclamación del Descubridor al asentar su planta en Tierra Firme, asombrado ante la majestad, el verdor y la frescura de las arboledas tamañas, ante el soberbio vigor de la naturaleza virgen e intocada, y frente al enorme caudal de nuestro Orinoco giganteo: *“¡Este debió de ser el asiento del Paraíso Terrenal!”*

He aquí las profetales estrofas aludidas; son del año 1849:

*“Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierra y aguas derramara.
Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero:
Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.
¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira:
De pueblos, de comarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!
Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;
Y después de las culpas y el castigo,
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo”.*

¡Cómo no hacernos la ilusión de estar oyendo en lejano eco las mágicas y briosas pulsaciones de la lira de Pindaro!

**ESTILISTA ADMIRABLE.
VISLUMBRES Y SERIOS ATISBOS FILOSOFICOS.**

Antes he apuntado que, una vez fijo en la coronada Villa, dióse a conocer el joven Baralt y destacó su personalidad, dentro la más elevada categoría de los cultores y representantes de las Letras, por suerte que su fama iba adquiriendo mayor y mayor incremento. Sin celos, sin mezquindades ni reparos, antes aplaudiendo su valía de gran pensador, de todo en todo esmerado estilista, acogiéronle sin excepción aquellos círculos en noble y simpática amistad. Repetíase de boca en boca, y con sumo gusto y placentero asenso unánime experimentábase en la práctica, el gráfico dicho de uno de los más influyentes académicos: "El que quiera oír buen castellano, vaya y hable con Baralt". Por otra parte, el excelso Maestro Bello, acá en Chile, al sacar de las prensas su Gramática, afianzaba sus razones y novedades con algunos ejemplos extraídos de pasajes de Baralt, por él considerados modelos muy avenibles de buen decir, en correspondencia y enlace a las calificadas normas de los mentores clásicos.

¿A qué debería Baralt ése su estilo tan ajustado, tan denso, preciso y sin ripio, juntamente tan sonoro y copioso de lujo, preponderante de lozania y de belleza? Debíalo, sí, a sus reales e ingenuas propias facultades, mas también al básico aprendizaje, a la ordenada metódica aportación de ideas, a las proficuas lecturas de sus primeros cursos, y no menos a la luz, a los saberes y adquisiciones acumulados después en su constante trato con los libros y hábil acuerdo con los doctos, que le nimbaban la mente y le llenaban el alma en su asiduo apercebimiento y peregrina labor de filosofía, de arte, de historia del lenguaje:

*"...tras la mundana gira,
convierte en cetro olímpico la pluma
y en áureo trono la valiente lira,"*

.....
*"ala de luz le dio la poesía,
también ala de luz le dio la historia;
y con ellas voló, rumbo a la gloria
como águila imperial, su fantasía";*

cual a su turno cantáronle los inspirados poetas Ildefonso Vásquez y Marcial Hernández, ambos también zulianos esclarecidos.

Muy bien piensa nuestro recordado Blanco Fombona al considerar que Baralt, crítico literario, se mostró siempre probo en el sostenimiento de sus ideas estéticas puristas, sin que ello fuese obstáculo para que, como pensador filósofo y político, tuviese abierto su espíritu a las legítimas corrientes renovadoras. Baralt era un decidido clásico, si bien en alguna de sus composiciones podriasele sorprender cierto como corto destilar de la romántica vena de Espronceda.

El estilo cuenta uno de sus elementos, la palabra hablada o escrita, el más expresivo y glorioso instrumento regaládonos por el Creador para que diésemos a conocer nuestro poderío y majestad espiritual. La palabra es la señal viva y vibrante con que exteriorizamos el alma. La palabra en acción constituye el lenguaje con la diversidad y armonía de las oraciones, con el linaje, interpretación y juego de las analogías y de los signos y su adecuada aplicación a los conceptos, los múltiples y gentiles sinónimos, los bien sonantes epitetos, las figuras que elegantizan el habla y avigoran el vuelo de la imaginación: combinaciones y matices que integran una obra bella como de tejidos. El lenguaje es órgano, vía de constitución, medio de orientación y desenlace estable de las ideas y de las emociones, no menos que de sugestión y facilidad para la labor mental abstracta y discursiva, que sin él permanecería inerte en el vacío. Ese órgano, ese arte con toda pulcritud elige: "de las palabras que todos hablan, las que le convienen y mira el sonido de ellas... para que no sólo digan con claridad lo que se quiere decir, sino también con armonía y dulzura", según argumenta Fray Luis de León.

El lenguaje establece, ordena una como ciencia deleitosa, un arte mirífico de agregados rítmicos, una creación espontánea; envuelve una cuádruple vinculación de evidente trascendencia—lógica, psicológica, sociológica y gramatical—por cuanto está sujeto tanto a los supremos principios y leyes que rigen y acendran la magnificencia de una filosofía penetrativa e imponente, de una estética avasalladora, de una atención cuidadosa a la vida y relaciones de la sociedad y de la cultura, como a las sencillas reglas morfológicas y dictados sintácticos. "Hasta la gramática tiene su encanto, su sentimiento poético, que unos podrán encontrar desolador, otros divertido", ha escrito Vossler. El escritor es llamado, por tanto, a ocupar la alta posición y dignidad de artista y de filósofo que emprenda su obra al claror de aquella conclusiva epifonema de Aristóteles: "Los vocablos son símbolos de las modificaciones del alma y la escritura es la imagen de las palabras"; o más extensamente, ya que nada se sustrae de su alcance, según

conceptúa Humboldt: el lenguaje ha logrado la prerrogativa de convertirse "en vehículo para recorrer lo más alto, lo más profundo y aun la multiplicidad total del universo". En el lenguaje y sus categorías hállase la estructura de la realidad, piensa Marshall Urban.

"El principio absoluto, que el filósofo procura descubrir no sin ingentes dificultades en todos los sectores del ser, manifiéstase pleno en la obra de arte, escribe Eugenio Pucciarelli, prologuista de la "Filosofía del Arte" de Schelling. Este arte del estilo es una forma de la intuición total. La intuición, perdida en la naturaleza, sumergida en lo inconsciente, debe recobrase a pro de la conciencia, y para ello ha de concentrarse en la obra de arte. Ha de recorrer todos los peldaños: desenvolverse, primero, en la forma del saber (Ciencia), concentrarse y recuperar su infinitud en la acción (Moral), y finalmente, conquistar su equilibrio, es decir, la estabilidad entre el saber y la acción (Arte). El arte viene a ser, pues, una acción penetrada de saber y un saber que se ha tornado acción... ha dejado de concebirse como un juego, consciente o ignorante de su propia vanidad. Ya no se le reduce a un mundo de apariencias, forjado para evadirse del tedio o del dolor de la existencia ordinaria, especie de paraíso artificial, refugio de cobardes o inválidos. Tampoco rebájasele al nivel de una actividad utilitaria, desprendida como por azar de sus compromisos prácticos y que haya cobrado independencia hasta convertirse en un fin en sí. El artista no es ni un artesano emancipado ni un deportista ocioso".

Schelling, a tono con el menester espiritual de su época, percibe la hondura y excelencia del arte de la palabra, descubre su significado filosófico, y erige dicha arte en clave de lo real. Esta arte es la consumación de la filosofía, su *novum organum*.

El muy erudito jesuíta Hervás y Panduro escribió varias geniales y señaladisimas obras, una de ellas "El Catálogo de las Lenguas", en la cual estudia éstas al servicio de la historia humana, poniéndolas como fundamento de la etnografía, esto es, concretando el parentesco de los pueblos al de sus hablas respectivas y anticipando innumerables problemas y conclusiones de la lingüística moderna. Es de él esta interesantísima sentencia: "Si a la lengua española se le quiere dar la completa perfección de que es capaz respecto de todas las ciencias y semejante a la que logra respecto de la mística, es necesario que en ella se escriba de todas las ciencias por literatos que las posean bien".

Por aquellos tiempos dijose que el castellano había mejorado al

latín, y se excitó al estudio y conocimiento práctico de los idiomas como útil para el progreso mismo de ellos sin daño del propio, y para la hermandad más estrecha de los pueblos; con lo cual dábase razón palmaria a Lope de Vega, que había asegurado:

*“Favorecido en fin de mis estrellas,
algunas lenguas supe, y a la mía
ricos aumentos adquirí por ellas.”*

Estas sabias apuntaciones, aplicadas con fidelidad y sobrada justicia a Don Rafael María Baralt —bien que la lingüística apenas despojábase de los pañales, y harto distaban de aparecer en el plano de la discusión los candentes problemas sobre la filosofía del lenguaje, el puesto de éste en la historia del pensamiento, en las leyes y proceso de la fonética, la valoración idiomática del arte del lenguaje portador de sentidos y su referencia epistemológica—; las expresadas notas, decíamos, bastan a ponderar el noble empeño de nuestro eximio escritor para salvar en su tiempo al patrio idioma, con mira hacia el futuro, de las filtraciones con que lo traía mancillado el filosofismo francés del siglo XVIII, apellidado en España mismo *ilustrado*, no sabemos si irónicamente, rompiendo, por supuesto, la lumbrosa tradición artística de la centuria de oro castellana, y cuando, turbia, lánguida, ya en peligro inminente, vestida de extraños arreos, la excelsa lengua de Cervantes, de Calderón y de los Luises parecía huir y renunciar a los esplendores de su gloriosísima expansión ecuménica, germen fecundo lueños días de cierta unificación espiritual en recintos de cortes y de pueblos.

No habían sido pocos, sin embargo, los filólogos que a un tiempo libráronse del pernicioso influjo y dieron el ejemplo de enfrentar la defensa formal del idioma, unos con el desenfado más sereno, otros con vivísimo ardimiento. En la imposibilidad de trazar muy larga lista, nombremos a Don Gaspar Melchor de Jovellanos, escritor, poeta, político y economista distinguido, autor de unas hermosas “Lecciones de Retórica”, de que por cierto hizo una edicioncita muy manuable en 1842 la imprenta de Don Manuel A. Baralt, en Maracaibo, y de la cual posee un ejemplar el que estas hojas emborriona; a Don Antonio Capmany y sus tratados: “Teatro Histórico de la elocuencia española” y “Observaciones críticas sobre la excelencia de la Lengua Castellana”; al jesuíta Don Gregorio Garcés, autoridad de la Lengua, con sus libros: “Fundamento del vigor y elegancia de la Lengua Cas-

tellana" e "Introducción filosófica a la elocuencia"; y muy particularmente al poeta, jurisconsulto y enérgico polemista, Don Juan Pablo Forner, que dio a la estampa: "Preservativo contra el ateísmo", "Sátira contra los abusos introducidos en la poesía castellana", premiada por la Real Academia en 1782, y sobretodo, las memoratisimas y contundentes "Exequias de la Lengua", obra maestra, pieza histórica que hizo época durante la vehemente agitación levantada por las violentas, sutiles riñas literarias y aun personales de aquel periodo desasosegado y revuelto.

EL DICCIONARIO DE GALICISMOS. FILOLOGIA Y LINGÜISTICA.

En los promedios del siglo XIX, recibíase con pruebas de plausiva aclamación, en los círculos literarios de Madrid, y hasta con cierto jubiloso favor popular, la aparición del "Diccionario de galicismos" de Don Rafael María Baralt.

No era un simple filólogo el autor; era todo un cumplido y perfecto lingüista.

De ordinario confundíanse ambos términos: filología y lingüística; pero desde ha tiempo se ha dilucidado la diferencia y hánse delimitado los dominios correspondientes. La filología es una ciencia histórica, especie de saber general, referente a las bellas letras, a la crítica; en particular, el estudio y conocimiento de una lengua en cuanto es instrumento o vehículo de una literatura. La lingüística, definida por Littré, es "el estudio de las lenguas consideradas en sus principios, en sus relaciones, en tanto son producto involuntario del espíritu humano".

Rollín describía a los filólogos diciendo: "son aquéllos que han examinado, corregido, explicado y puesto a luz a los autores antiguos". Vale decir, que la labor del filólogo es el estudio crítico de las literaturas en relación con la arqueología, el arte, la mitología, etc., es la inquisición de la historia de las lenguas y su extensión geográfica, el registro de los auxilios recíprocos que ellas han podido prestarse, en especial los auxilios léxicos. Tal es, pues, principalmente, una ciencia histórica, necesitada, por ejemplo, de monumentos ilustrativos; un aspecto notable de la erudición, anterior si indudablemente a la lingüística, pues ésta, como ciencia natural, no ha alcanzado sino en edad muy posterior un desenvolvimiento que todavía podemos decir contemporáneo.

Fue Schleicher, en su obra *Die Deutsche Sprache*, el primero que impuso esta valedera distinción, según la cual definió él la lingüística: el estudio de los elementos constitutivos del lenguaje articulado y de las formas diversas que dichos elementos revisten, o lo que es lo mismo: la lingüística constituye el doble estudio de la fonética y de la estructura de las lenguas.

Para dar a entender, si se puede decir por manera visible, la distancia entre la filología y la lingüística, será bien recordar la ingeniosa cuanto exacta comparación plácidamente concebida por Schleicher, hombre de experiencia y de método, y por ello nada amigo del lenguaje arrogante y vacío: comparación entre el lingüista y el botánico de un lado, y del otro, entre el filólogo y el jardinero. El lingüista, dice, es un naturalista; estudia las lenguas al modo como el botánico estudia las plantas. El botánico debe abarcar de una mirada el conjunto de los organismos vegetales; averigua las leyes de la estructura de ellos, las de su desarrollo, pero en manera alguna impórtale el mayor o menor valor de las plantas, ni el empleo más o menos primoroso de éstas, ni el placer o la aceptación a que dan lugar para el ornato. Ante él, la primera mala hierba que tropieza, puede tener un precio muy superior al de las rosas más bellas, al de los lirios más caros. Muy distinto es el oficio del filólogo. No con el botánico sino con el jardinero, es con quien conviene compararlo. El jardinero, u horticultor, no prodiga sus cuidados sino a tales o cuales especies, objetos de particular favor; él no busca otra cosa fuera de la belleza de la forma, la coloración, el aroma. A su vista y paso, nada significa una planta inútil que pisa; su caso y ley no atienden a estructura y desarrollo, sino a florecimiento, colorido y hermosura; el vegetal que por otro respecto puede poseer el más considerable valor, corre la aventura de no ser para él sino una mala hierba vulgar.

PREDOMINANTE INFLUENCIA Y ACTUALIDAD DEL DICCIONARIO.

Estela esplendorosa, prerrogativa diuturna ha sido la señal impresa en la esfera de la cultura por el mencionado popular Diccionario de galicismos.

Tres ediciones cuenta: la primera, de 1855, prologada por Don Juan Eugenio Hartzenbusch, ilustre individuo numerario de la Real Academia, quien mienta ya, bien que muy de paso, "la edad tan adelantada y próspera en la cual viajarán por el aire los hombres"; la

segunda, repetición de la anterior, dispuesta desde Caracas por la tan nombrada Librería Editora de los señores Rojas Hermanos, en 1890; la tercera, puesta al día, ligeramente modificada, con introducción del también académico Don Niceto Alcalá Zamora, impresión reciente en Buenos Aires, enriquecida con adiciones y notas y un anejo de cinco importantes apéndices, de los cuales los dos últimos podrían envanecerse de singular y actualísima fortuna, pues el cuarto condena los tan frecuentes y extendidos malos usos del *que* y enseña su empleo correcto, y el quinto asesta seguro golpe a las malas y abundantes traducciones, a los pésimos traductores que se dedican al oficio sin conocer, cual es debido, la índole propia y aun las peregrinas modalidades de las lenguas, y a quienes muy justo cuadra la inquina del italiano: *traduttore traditore*.

Oigase la traza o plan del Diccionario, resumen del primer prologuista: "El señor Don Rafael María Baralt trata de guiar a nuestros escritores por un camino medio, atinado y seguro. No proscribire todo lo nuevo; escoge, sí, de las novedades las que tiene por útiles; no patrocina ciegamente lo antiguo, antes rebusca los que le parecen defectos hasta en los autores más venerables. Demasiadamente severo se muestra diversas veces; acaso lo hará porque contando con la poca docilidad que suele haber para acomodarse a la doctrina de un catecismo literario reciente, pide mucho para conseguir una cosa arreglada. Adusto aquí, afable allá, mal enojado en un artículo, jovial y desenfadado en otro, el libro, con ser de consulta y para leerse salteado, puede no obstante ser leído agradablemente hoja por hoja. Preceptos, consejos, modelos de imitación, ejemplos que deben huirse, enseñanzas y aun recreo encontrarán los lectores de este volumen, útil a cuantos leen y hablan el castellano, a muchos de quienes lo escriben componiendo de propio caudal, y a los traductores del francés sobre todo".

A su vez, el señor Alcalá Zamora, en pos de haber hablado de los americanismos, tanto de origen español como indígena, los cuales se mantienen en varias ciudades, y más todavía entre los campesinos, cuyo lenguaje repara los barbarismos que alteran los vocablos con el apego a ranciosas tradiciones, establece lo siguiente:

"El propósito de hacer una edición a la vez fiel y nueva, ha trazado la estructura de la misma, sin dudas ni vacilaciones. El texto de Baralt está reproducido íntegro, sin mutilaciones, hasta en los casos en que haya podido perder interés, y sin refutación, que sería irreverente y alevosa, de sus opiniones, cuando se discrepe de ellas. . .

“Dada la inmensidad del territorio en que se habla nuestro idioma, resulta imposible recoger todas las infiltraciones de galicismos, y es fácil que el lector extrañe, al ver omitido alguno que conoce, hallar por el contrario otros que en su país no se emplean. Por encima de esas diferencias, se ha procurado incluir y condenar los más generalizados... El interés solidario y fundamental de todos nuestros pueblos consiste en mantener, lo más correcta posible, su comunicación espiritual a través del idioma. Aun materializando la apreciación de los excelsos valores de orden espiritual, un justo avalúo de todas nuestras riquezas nacionales colocaría en primer término el lenguaje, tanto en los inventarios del ya magnífico presente cuanto en los cálculos sobre el espléndido y seguro porvenir. Lo más singular e inestimable de ese riquísimo patrimonio es que, como indivisible y mutuo, lejos de empobrecerse cada partícipe, posee y goza más a medida que el número de aquéllos aumenta”.

No carece de importancia y delicadeza, en cuanto a aseverar el general prestigio y éxito rotundo del Diccionario de galicismos, el grácil testimonio contenido en este epigrama del ocurrente escritor Vital Alza:

*“Yo estudio mi idioma en vano
y no tengo inconveniente
en confesar francamente
que no escribo en castellano.
Pues sin brújula o sin tino,
desde que a Baralt leí,
yo no sé, ¡pobre de mí!
si escribo en francés... o en chino.”*

Continuará todavía muy serio y recio el empeño de lucha de nuestras Academias, para ver de limpiar, de salvar a la Lengua de las manchas del galicismo, que afean no sólo los vocablos aislados, sino asimismo las frases y construcciones. Parecería como si espontáneos fluyesen ya encolados de los filos de la pluma, y al punto se pegasen tan fuertemente a las columnas de los periódicos, a las páginas de los libros, a las pantallas del cinematógrafo, que sustancia ninguna neutralizadora logra desvanecerlos, ni hay poder bastante a arrancarlos; y por eso, desgraciadamente sortarios, permanecen ellos indelebles, campantes, victoriosos.

Igual puédesse decir de estotra acometida foránea de angloamericanismos, inútiles en su mayoría, pero recibidos con favor y apego

servil al través de los deportes, y que irruyen nuestro lenguaje nativo, presumiendo acaso realizar una fantástica arte calipédica, en los circos y teatros, en los dominios de la prensa y los comercios, hasta en los salones, fiestas y tertulias de los más refinados y selectos grupos. Y eso que hay que ver cómo en Estados Unidos la gente sensata aprecia el exquisito áureo valor del castellano. De haberle tocado vivir en nuestros días, fuera seguro viéramos a Baralt, presidiendo la defensa de nuestro patrimonio cultural, tomar el puesto de abanderado en la cruzada reparadora que, ausente él, ha emprendido, y con especialísima satisfacción aplaudimosle, el admirado académico panameño Doctor Don Ricardo J. Alfaro.

EL DICCIONARIO MATRIZ. — ¡LASTIMA GRANDE!...

No embargante ser el señor Baralt prototipo de unidad y energía en la palabra, el pensamiento y la acción, no auspicióle la fortuna para que llegase a realizar la portentosa obra donde se habrían manifestado en cabal vigor su entero saber y dilatado señorío lingüístico.

El *Diccionario Matriz* de la Lengua, concepción atrevida, gigantesca, grandiosa, no un mero catálogo de voces sino un léxico perfecto, ostento y explicación de modismos y giros de todos tiempos; un caudal contentivo de cuantos tesoros la Lengua encierra como producto de las edades que ha vivido, de su origen, de su curso, de sus transmutaciones y triunfos; su empalme o entronque con el latín, el griego, el árabe y otras lenguas; un conjunto "histórico, sinóptico, elemental y completo, en que además de la significación de las palabras y sus varios usos, se demuestre el nacimiento, alteración y estado presente de ellas"; trabajo de tan grave fuste no había sido intentado para ninguno de los idiomas derivados del latín, por suerte que tamaña empresa habría venido a ser la primera en su peculiar objetivo y utilísima finalidad.

Ese léxico de tal carácter y de tan ancha comprensión, había de presentar índole etimológica y crítica a la vez, ser el más completo de cuantos se conocían, mayormente cuando el idioma español venía ya cursando dentro un cambiamiento profundo, emanado del progreso inherente a la continua actividad intelectual; un vocabulario general de la lengua que se habla y se escribe en nuestra edad, no menos que de la lengua que se habló y se escribió en edades anteriores...; contener la paleografía, la ortografía antigua y moderna, las diptongaciones, los neologismos, los cambios dialectales, todos los fenóme-

nós y fases distintas del idioma según las comarcas... seguir paso a paso la filiación y transformaciones sucesivas de las raíces en las lenguas que las adoptaron, hasta llegar a la que de ellas alcanzó mayor número mediante la victoria, el comercio, las comunicaciones científicas y artísticas...; seguir par a par, en cuanto lo permitieran los materiales disponibles, la historia de las voces, indicando el tiempo de su introducción, la manera como ésta se hizo, la extensión y duración de su uso, y el estado actual de sus acepciones y estructuras. Cuántos artículos, cuántas columnas habría requerido la sola toponimia, tan peregrina y variada, originaria de las frecuentes inmigraciones de lejanas tribus, de las conquistas y de los simples colonatos, elementos que, conforme a sus hablas y dialectos, imponían nombre a las regiones donde se establecían o de que se apoderaban.

Satisfacer tan noble como ardua aspiración era el anhelo y habría de ser la tarea culminante de una personalidad dotada de vigoroso e inflexible carácter, labor ingente, difícilísima, reveladora de la decidida vocación de un investigador suficientemente preparado en los campos de la lexicografía, de un experto y consumado lingüista, que si bien considerara su ciencia "la más exacta de cuantas dicen relación con la palabra", también reconocía la posición indeterminada e hipotética de ella todavía en su tiempo, cuando aún no había ganado perfecta autonomía en el dominio científico.

Apenas se dio a la luz el Prospecto, de suyo tan valioso, magnífico, promisorio; hermoso monumento de mérito ya considerable en la órbita del saber, que le atrajo el beneplácito y loas halagüeñas de un lucido grupo de autoridades muy significadas.

En 1943, el incansable y entendido investigador Don Pedro Grases, publicó un Opúsculo interesantísimo titulado: "Del por qué no se escribió el Diccionario Matriz de la Lengua Castellana de Don Rafael María Baralt". — La principal razón emitida por Grases fue la repulsa de Don Bartolomé José Gallardo a tomar parte en la formación de la obra; repulsa descomedida y desairante, contenida en una carta despiadada al autor, contestación a la que éste le había dirigido, junta a un ejemplar del Prospecto, cortés y nobilísima, reveladora de una grande alma, y en la cual Baralt reconocía y alababa a Don Bartolomé como maestro máximo del lenguaje.

Es lo cierto que sólo se ha conocido el Prospecto sobredicho, el cual, afirmolo con entusiasmo, bien que adolorido, es en su brevedad muestra de enorme consideración y monta, y da a entender lo que

hubiera resultado de tan avanzada y extraordinaria iniciativa: un trabajo de vasto y pleno rendimiento en pro de la cultura; pasmoso arsenal de nociones, riquísimo venero, aquilatada mina de datos ilustrativos de historias y tradiciones quizá olvidadas, oportunas para el progreso técnico y científico de la actualidad.

Lástima grande no se hubiese emprendido y llevado a cabo obra de tal magnitud, de tan trascendente y larguísimo provecho: fuera aún, sobre lúcido foco de sabiduría y guía afortunado de consulta, timbre inmarcesible de gloria para la Lengua, monumento de honor para España, prez de orgullo y renombre de Venezuela e Hispanoamérica.

EL GRAN ACADEMICO. LOA DE DON MARCELINO.

Prosista de vocación, atildado y bizarro desde las primicias de su juventud, Baralt estuvo presto en conquistar notoriedad muy calificada de gallardo hablista, concienzudo, elegantísimo, entre los mejores y culminantes de sus días. Otro tanto se puede aseverar de su función como poeta. A Dios gracias, no era él tenido extranjero en España, en aquella España “escasa de ventura, pero rica siempre de valor”; engreído y orondo, pudo cantar de sí lo mismo que D. Ventura de la Vega, oriundo argentino:

*“La madre España en su seno
me dio acogida amorosa;”*

y hasta ahora, creo ha sido el único americano aceptado —ello por absoluta unanimidad en la votación— digamos, pues, más bien, aclamado Individuo de número de la Real Academia Española en reemplazo del grandilocuente Don Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, lo cual no es poco decir y aplaudir.

Yo quiero hacer evaluar los estimabilísimos quilates de la preciosa joya que fue y es aún su discurso de incorporo a dicha elevada y magistral Institución: ese summum de erudición y elocuencia, ese “reguero de luz y de armonía” gracias a la alteza de las ideas filosóficas, cuanto a la vivacidad y acordanza de los períodos, imperiosos, pulquérrimos, tan inteligentemente combinados en el cuerpo de la oración, cuando sacudido, arrebatado de entusiasmo y válido de la ocasión solemnisima, no vaciló en desplegar toda su diligencia y garbo para registrar a su favor con donosa naturalidad y estelífero ingenio los más secretos penetrales del pensamiento y del estilo.

A este intento, váleme la atestación y prestigio de la supereminente autoridad de Don Marcelino Menéndez Pelayo, cuyo juicio abarca la síntesis de la estupenda, maravillosa pieza de nuestro compatriota, la cual, asegura la fama, dejó suspensos de regocijo y pasmo a cuantos la escucharon, e igual a quienes luego ocupáronse en leerla o comentarla.

“Obra maestra de Baralt, dice, es sin duda su discurso de entrada en la Academia Española: discurso que a juicio nuestro y sin ofensa de nadie, no cede a ningún otro entre los muchos, y excelentes algunos, que en aquella Corporación y en acto análogo se han pronunciado. Al ocupar la silla ennoblecida por Donoso Cortés, parece que Baralt sintió toda la grandeza del empeño en que tal situación le colocaba; y al juzgar las ideas y estilo de su predecesor, no sólo se mostró el pulcro escritor de siempre, sino que levantándose mucho sobre su manera habitual, y haciendo bizarro alarde de aptitudes de pensador, hasta entonces no sospechadas en él como no fuese por algún rasgo fugitivo de sus opúsculos políticos, se elevó a las cimas serenas de la contemplación filosófica, y desde allí, con maravillosa lengua, tan rica de precisión como de vigor y armonía, con un sentido tradicional a la vez que expansivo, con audacia mesurada y solemne, con suave moderación de estilo, tanto más imperiosa cuanto más apacible, reivindicó los fueros de la razón humana, escarnecidos por las elocuentes paradojas de Donoso; hizo el proceso del tradicionalismo filosófico y del escepticismo místico; mostró el peligro que para la integridad de nuestro modo de ser nacional, así en la esfera del pensamiento como en su manifestación escrita, envolvían las doctrinas de la escuela neocatólica francesa, de que Donoso había sido intérprete elocuentísimo; y mostró, finalmente, con el ejemplo, no menos que con la doctrina, cuál debía ser el verdadero temple de la moderna lengua castellana aplicada a las más altas materias especulativas.”

Donoso Cortés en su país y muy más lejos había logrado ser una entidad valiosísima, indiscutible; pero Baralt se mostró no menos alto, gentil y espléndido al juzgarlo.

No quedaría yo con holgura satisfecho, si no trasladase el siguiente sonoro, venusto párrafo del veracísimo Baralt, canto y loa de justicia a nuestro bello e incomparable idioma: “Pródigo de sus tesoros, para todo tiene sonidos, matices, luces y armonías infinitas. A todos los tamaños se ordena y proporciona su flexibilidad maravillosa: fuerte en lo grande, templado en lo mediano, gracioso en lo

pequeño. Organo de numerosos registros, pulsado por mano ejercitada y docta, imita todas las voces del cielo y de la tierra. Atleta y gimnástico consumado, es apto para toda lucha y puede hacer sin romperse toda suerte de pruebas de habilidad y fortaleza. Con él hablaron dignamente a Dios y de Dios los maestros de nuestra elocuencia sagrada. Con él tocaron y conmovieron todas las fibras humanas los escritores del siglo de oro...

CRISIS ARTISTICA DE AHORA.

Evocando aquí para ejercerlo de paso, el oficio de maestro, que ocupó el curso de quince lustros de mi vida; superando mis fatigas, mis dolencias, mi alejamiento social, no quiero doblar estas páginas sin antes excitar los jóvenes, particularmente quienes se dedican al cultivo de las Letras, a que formalicen el estudio de la honda filosofía del lenguaje, del arte finísimo del lenguaje, con que, apreciando el sentido y contenido espiritual del don de la palabra, puedan manejar a firmes sabiendas, sin emperanzamiento, sin cobardía, sin presuntuosa vanidad, el que es instrumento de expresión del amor y culto por la verdad y la belleza, ideal primero, eficaz decoro de toda vocación y noble afán.

Las artes todas acusan, atraviesan una era de troste decadencia. Yo oigo por ahí frases desconsoladoras como ésta: —“Adiós, Pintura...” Sé de noveles dibujantes que, de estar en su mano, celebrarían gozosos la horrenda ceremonia de echar al fuego los cuadros de Tovar y Tovar, de Herrera Toro, de Cristóbal Rojas, de Arturo Michelena, tal como lo ha pretendido recientemente en Colombia algún atronado contra la gran novela americana “*María*” de Jorge Isaacs. Por otra parte, la mayoría de los trabajos abstractos concurrentes a las exposiciones pictóricas de hoy, no ofrecen copias ni modelos del natural, no nos asoman aquel tradicional conjunto armonioso de líneas, colores y proporciones, aquellas figuras, grupos geniales de inspiración y gracia, que provocaban la admiración y traían regocijo al espíritu, sino representan sólo figurillas vacías de sentido, negadas a interpretación adecuada y lógica, propias si acaso para colorear vistosamente muros o decorar techumbres a lo moderno. Fáltales a estas artes la nota que, según Rodín, las constituye como la más excelente y magnífica lección de sinceridad; fáltales el concepto hondo que les dedicó Castelar: “lo ideal sentido con profundidad y expresado con belleza”. No sin pena y lástima, atrévome

aún a afirmar cómo es fácil comprobar aquí el descuido, aun la ausencia de aquel simple y natural atributo intelectual: *la sindéresis*, me nester para todo recto juicio y comento, para toda acción, proyecto o consejo, y que me agrada recordar era objeto de continuo hincapié, de recomendación práctica, en las frecuentes advertencias directivas de nuestro tesorero profesor de Filosofía, el sabio Lisandro Alvarado. Pues es tan notable y general la carencia de verdad y de belleza de que se adolece, en términos científicos diré que cada día hácese más lejanas la lógica, la estética, la hermenéutica... ¿No obedecerá ello a que estos señores artistas actuales consideran "vulgo" a quienes los aplauden, los premian, les compran sus obras y quieren renovar el tiempo del poeta español que decía:

*"Y pues el vulgo es quien las paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto?"*

No hago memoria de si fue el pintor Picasso el héroe del curioso incidente ocurridole al pedirle alguien la explicación de un cuadro suyo entregado a cierta rica dama norteamericana, a cambio de gran cantidad de dólares; y no supo él mismo declarar formalmente el significado de su obra... pero se contentó con mostrar el grueso rollo de billetes, interpretación efectiva, altísimo precio logrado de la cándida adquiridora.

Por cuanto a las Letras toca, declararé cómo semanas pasadas he tenido ocasión de leer en nuestra prensa que el clarísimo académico Don Melchor Fernández Almagro, preguntado acerca de su concepto sobre la actual literatura, no vaciló en contestar con suma gracia: —"Hay mucha gente de tropa, pero falta estado mayor". Recuerdo el buen artículo de un joven escritor nuestro, encabezado así: "Literatura de flaquezas", y otro también, de calidad crítica valiosa, que no teme calificar las novelas y cuentos de ahora "verdaderas pitanzas extrañas, adobadas con salsas criollas". Ocúrreme asimismo al magín esta educativa cláusula del carísimo amigo y colega Don Luis Yépez: "El Estado y la sociedad tienen mucho que hacer sobre todo ahora, cuando periódicos, revistas, el cine, la televisión y la radio disponen del monopolio de una literatura morbosa, torpe, insustancial, deformadora y atentatoria". Y sáltame de la pluma todavía estotra del propio compañero, terrible fustigazo para los negociantes del ingenio: "En los círculos del arte, estamos rodeados de mentirosos y tracaleros, mercaderes que hacen de la cultura un remanso para pescar sardinas de oro".

¿Será acaso que los intérpretes del arte no toman cuenta de la altura, de la esplendente responsabilidad moral, del pundonor augusto de la misión artística, tan estética y representativa para la civilización?

Porque, infortunadamente, resulta positiva y deplorable realidad el hecho de que en estos días, minorados a causa de la confusión de ideas, del desconcierto de criterios, de esta sordera y pereza espiritual, de la insania de costumbres, del rompimiento de voluntades, del ambiente mefítico y a la par terrífico en que se desgarran los sentimientos más nobles y puros, se atropellan los ideales y, en consecuencia, vívese en un enorme desorientamiento tumultuario, funesto peligro para la humanidad; desorientamiento en el cual las letras y artes en crisis han torcido su senda de luz, internándose por veredas oscuras e inciertas, al trocarse en vehículos de las pasiones de unos cuantos que pretenden hacer tesoro de sus mezquinos pensamientos y frívolos afectos; para quienes nada reviste elevación y dignidad en la vida, ni les interesa sino aquello que está al alcance de su mano, las sombras fútiles de las miserias de acá abajo; para quienes, en fin, las magnas y maestras obras de arte no pasan de ser meros e inanes artículos de lujo. De muy antiguo Platón, en su libro "De República", trazaba ya el retrato de estos ciegos y desazonados individuos, esclavos de falacias pasajeras y sin embargo, vanagloriándose de independientes: "He aquí por lo que yo distingo los hombres incitados por simple curiosidad, movidos sólo de cierta manía por las artes y reducidos a la práctica, de aquéllos que contemplan por sobre todo la verdad. Los primeros, cuya curiosidad ciñese a los ojos y los oídos, deléitanse en escuchar una voz armoniosa, en ver colores vivos y atractivas figuras y toda obra de arte o de la naturaleza en la que haya algo de agradable, pero su espíritu es incapaz de elevarse a la cumbre, a la esencia de la belleza, es inepto para conocerla y amarla".

Estudien nuestros jóvenes, conozcan y admiren a Rafael María Baralt; complázanse en ser seguidores de sus ejemplos y conducta en la adquisición del saber y de las letras, disfruten la magia cautivadora de sus dulces idilios, ensanchen el ánimo en la visión de su amor tierno e imperturbable a la Patria, a quien magnificó siempre con la diáfana integridad de su fe, con la práctica de todas las virtudes, con la honesta disciplina de su sana filosofía, con su selecto verbo nobilísimo, con sus austeros y honorables procederés cívicos, con una vida espiritual ecuánime sin mácula.

Especialmente imítenle en el cultivo intenso de la Lengua, de

que es él dechado óptimo; y partiendo de esta máxima: el estudio y trato de los clásicos es condición indispensable para la cultura literaria, recuerden la lección del gran escritor uruguayo Don José Enrique Rodó: "Un pueblo que descuida su lengua, como un pueblo que descuida su historia, no están distantes de perder la conciencia de sí mismos y de dejar disolverse y anularse su personalidad".

Tal vez alguien salte indignado, o cuando menos haga un guiño de suspicaz y despreciativa sonrisa, ante lo que llamará retrógrada recomendación de viejo maestro inconsciente y alelado.

¡No importa!

Baralt fue un excelso clásico, vaciado y fundido en el molde de los clásicos; pero no renunciando a su propio tiempo, asimilista inteligente, supo imprimir un sentido nuevo, dar nueva densidad a las formas resaltantes, al singular caracterismo de la vieja escuela.

Yo sé muy bien, como sé asimismo que no se escribe conforme a iguales pautas en todos los tiempos; que, como cuanto es humano, las lenguas y sus usos cambian y se modifican obedeciendo a los peculiares aspectos que las edades ofrecen. No soy retrógrado ni enemigo de las innovaciones artísticas convenientes; no abrigo el plan estrecho de que se formen pálidos imitadores. A lo que siempre he aspirado y procurado siempre es poner cimiento sólido al edificio. Sepan los maestros acercar con tino prudente los jóvenes a las lípidas fuentes de los clásicos, y estén seguros de que ellos escanciarán allí, como Baralt, a grandes sorbos la espiritualidad y los encantos y donosura del estilo. Hombres de su época, aprenderán a expresarse con facilidad y soltura, con hábil arresto y fortunosa persuasiva. Goethe aborrecía el arte gótico, y frente al espectáculo sugestivo e imponente de la catedral de Colonia, hubo de mudar su feo sentimiento en exultante admiración y amor.

AUDACIA... DISCIPLINA.

Cierro éste mi pobre estudio con la siguiente argumentación del discurso de Maurice Barrés en la recepción académica de Richepin, y de la cual pudiera nuestra juventud inferir un programa eficaz, propicio al desenvolvimiento y triunfo de su carrera y aspiraciones literarias: "¿En dónde encontrar la perfección? ¿Sobre qué apoyarnos? ¿Será en la regla o en la independencia? ¿En las aspiraciones sin límites, o bien en la sumisión a las realidades limitadas que nos rodean? La regla soía y definida con superstición, conduce derecha-

mente al formalismo estéril; la independencia cultivada por sí misma es la confusión, el capricho, la incoherencia. Feliz aquél que llega a conquistar su equilibrio entre estas dos tendencias hostiles; aquél que, sin paralizar ninguna de sus potencias y aspiraciones y sin descuidar tampoco nada de sus reservas hereditarias, no hace sino una sola alma de las dos almas que a la vez nos solicitan, una sola alma, a un tiempo audaz y disciplinada”.

Caracas, y julio del 1957.

A handwritten signature in black ink, reading "J. M. Muñoz Ponte". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal stroke extending to the right.

INDICE

	Pág.
¿Me arriesgo?... ¿Cuánto temor!	7
Patriota integro	8
El Bachiller — Su probidad — Primeros pasos en la senda de los libros.	10
Apología del Samán	12
Labor histórica y geográfica	14
Viaje a Francia — Agente confidencial en Londres	16
¡Olé, Sevilla!	17
Fijación en Madrid — Personaje de eximia principalidad literaria	18
Juicios encomiásticos al Poeta	20
Visión profética de nuestro Continente	21
Estilista admirable — Vislumbres y serios atisbos filosóficos	23
El Diccionario de galicismos — Filología y Lingüística	27
Predominante influencia y actualidad del Diccionario	28
El Diccionario Matriz — ¡Lástima grande!	31
El Gran Académico — Loa de don Marcelino	33
Crisis artística de ahora	35
Audacia... — Disciplina...	38